

Rutilio Grande: mártir de la evangelización rural en El Salvador

Rodolfo Cardenal
Centro Monseñor Romero
San Salvador.

Permítanme comenzar con una anécdota personal. Mientras reunía documentación relacionada con Rutilio Grande, en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús, en octubre de 2015, el arzobispo de San Salvador me invitó a unirme a la delegación salvadoreña de visita en Roma para agradecer al papa Francisco la beatificación de Mons. Romero. Otra causalidad hizo que durante la audiencia con el papa ocupara un puesto en la primera fila. Así, tuve la oportunidad de saludarlo. Cuando me encontré delante de él, me presenté como el autor de dos biografías de Rutilio Grande, una breve y otra extensa, y como presidente de la comisión de peritos de su causa de canonización. Me dijo que conocía la primera. Luego me miró y me preguntó si ya teníamos el milagro. Le respondí que no. Entonces me dijo, con una gran sonrisa, que ya había un milagro. Y agregó que “el gran milagro de Rutilio Grande es Mons. Romero”.

Mons. Romero no se comprende sin Rutilio Grande. Rutilio terminó violentamente su ministerio, en marzo de 1977, precisamente cuando Mons. Romero comenzaba el suyo como arzobispo de San Salvador, en febrero de 1977. Además del martirio, varias coincidencias biográficas los unen de manera sorprendente. Los dos provienen de familias pobres de la zona rural de El Salvador. Los dos nacieron en pueblos pequeños. Mons. Romero nació en el oriente del país en 1917, mientras que Rutilio nació en un pequeño pueblo de la zona central, llamado El Paisnal, en 1928, en el seno de una familia desintegrada. Los dos ingresaron muy jóvenes en el seminario menor. Rutilio en el de San Salvador y Mons. Romero en el de la diócesis de San Miguel. A diferencia de Mons. Romero, Rutilio no continuó en el clero secular, sino que ingresó en la Compañía de Jesús en 1945, al concluir el seminario menor.

Mons. Romero y Rutilio Grande experimentaron intensamente la debilidad humana, pero por razones distintas. Rutilio sufrió dos crisis nerviosas muy graves, probablemente asociadas a una experiencia traumática, ocurrida durante su infancia. Las secuelas de esas crisis se complicaron con la diabetes en sus últimos años. Desde 1950, después de la primera crisis, la más severa, su salud fue débil, lo cual limitó mucho su capacidad para el estudio y el apostolado. Las crisis se manifestaron en el afán por alcanzar la perfección y quedar bien con todos. Este empeño lo llevó a cambiar de opinión fácilmente, a obsesionarse con la exactitud, a cuidar excesivamente las apariencias y a temer el ridículo. Estas tendencias fueron causa de inseguridad y angustia. Eran crisis del todo o nada. En esos momentos, Rutilio se aislaba de su entorno, permanecía silencioso, se mostraba indiferente, serio y cansado. Muchas veces, caminó en la oscuridad, en el no saber, lo cual le hizo sufrir y le motivó una sentida petición: aceptarse a sí mismo, “con sus limitaciones y todo”. En varias ocasiones se cuestionó su vocación sacerdotal, lo que más amaba. Durante las crisis, según confesión propia, siempre se puso en las manos de Dios.

Tanto Mons. Romero como Rutilio estudiaron en el exterior, pero en sitios diversos. Mons. Romero en Roma y Rutilio en Venezuela, Ecuador, España, Francia y Bélgica. A pesar de los viajes, los estudios y el estado clerical, siempre fueron conscientes de sus raíces populares y se sintieron orgullosos de ellas. Rutilio siempre deseó volver al pueblo del

cual había salido para ir al seminario. Cuando al fin pudo regresar a El Paisnal, ya ordenado sacerdote, debió convencer a las ancianas, que lo miraban con respeto y veneración, que era el mismo de siempre. Mons. Romero tampoco se alejó de sus raíces populares. Cuando era párroco de la catedral de San Miguel mostró una compasión inusual por los pobres, los alcohólicos y los enfermos, que vagaban en los alrededores del templo. Más tarde, puso su ministerio episcopal al servicio de ese pueblo golpeado por la pobreza y la represión de la dictadura militar.

Desde 1951, Rutilio trabajó en la formación del clero salvadoreño en el seminario nacional. La mayoría de los seminaristas eran de extracción popular al igual que él. Sus superiores lo enviaron al seminario porque encontraron en él un jesuita trabajador y responsable, de juicio recto y con gran capacidad pedagógica. Hasta 1971, fue “el padre prefecto del seminario”, una tarea en sí misma odiosa, por ser el responsable de la disciplina. Pero supo combinar la exigencia con la comprensión. No quería seminaristas sumisos a la autoridad, sino responsables y maduros. Los reprendió severamente, pero también los protegió de la arbitrariedad de los obispos y del rector. Más tarde, muchos sacerdotes lo buscaron para pedirle consejo. Así nació un vínculo estrecho, fuerte e íntimo con el clero diocesano. Al final de su vida, dudó de si su vocación no era el clero diocesano. Rutilio fue también profesor de catequesis y de pastoral. Pero el curso que más le gustaba era el de formación ciudadana, porque le permitía explicar a los seminaristas los derechos constitucionales del pueblo salvadoreño.

Rutilio aspiraba a formar sacerdotes que estuvieran al servicio del pueblo, no caciques clericales. Ese deseo lo llevó a luchar para abrir el seminario a la realidad salvadoreña. Los seminaristas debían salir del edificio y la realidad debía entrar en sus aulas y pasillos. En las vacaciones organizó misiones populares con los seminaristas mayores. No se trataba solo de predicar, sino de que estos descubrieran al pueblo del cual provenían y al cual estaban destinados a servir. El mismo Rutilio, con su ayuda, atendió pastoralmente El Paisnal los fines de semana, a cuyos habitantes, según sus palabras, “les fui quitando rosarios y les fui metiendo lecturas bíblicas con comentarios”.

Asimismo, intentó introducir en el seminario el espíritu del concilio Vaticano II y de Medellín, la lectura latinoamericana del magisterio conciliar. Fue uno de los sacerdotes que más trabajó para que la Iglesia salvadoreña aceptara ambos magisterios. Su recepción creó una grave crisis eclesial, que atemorizó a muchos. La mayoría de los obispos no aceptó el concilio ni Medellín por considerarlos radicales y extremistas Rutilio, sin embargo, interpretó la crisis como una oportunidad, “ya era tiempo que despertásemos a esta realidad dolorosa” de explotación, opresión y secularización. Había llegado la hora para “abrir una brecha en el Muro de las Lamentaciones” y “lanzarse a vivir el drama de la fe como historia de liberación”. El clero no debía avergonzarse de encontrarse en aprietos, ya que “la crisis de los malos es la angustia del pecado”, pero “la crisis de los buenos es la liberadora angustia de la cruz”.

La fidelidad al magisterio conciliar y latinoamericanos tuvo costos elevados para Rutilio. No le permitieron reformar la vida y los estudios del seminario, tampoco aprobaron su candidatura para rector, propuesta por la Compañía de Jesús en 1970. Entonces, Rutilio decidió abandonar el seminario, dado que no gozaba de la confianza del episcopado. Después de pasar rápidamente por un colegio jesuita tradicional y por una intensa experiencia de pastoral latinoamericana en Ecuador, en el otoño de 1972, llegó a la parroquia de Aguilares, en cuya jurisdicción se encontraba su pueblo natal. Ahí dedicó

los cuatro últimos años de su vida a proclamar el evangelio y la justicia del reino de Dios entre los campesinos.

Rutilio y Mons. Romero anunciaron el reino de Dios y pusieron signos eficaces de su presencia, en una realidad dominada por la explotación económica, la opresión social y la represión estatal. Por eso, denunciaron la injusticia que oprimía al pueblo salvadoreño y le anunciaron su liberación. Rutilio lo hizo desde la parroquia rural, mientras que Mons. Romero lo hizo desde la cátedra del obispo. Los dos poseían el don de la predicación profética. El lenguaje de Rutilio era más salvadoreño que el de Mons. Romero. Utilizaba giros muy campesinos y populares, y dominaba maravillosamente la metáfora. Les explicaba la necesidad de vivir el evangelio con la figura del cohete, que remonta las nubes, estalla con mucho ruido y cae rápidamente al suelo. En síntesis, su mensaje era “Dios no está en las nubes acostado en una hamaca, Dios actúa y desea que ustedes construyan el reino aquí en la tierra”. El discurso de Mons. Romero, en cambio, era más elaborado, pero no por eso menos popular. Ambos son un ejemplo notable de comunicación.

Los dos llamaron a los injustos y violentos a la conversión. Ninguno incitó a la violencia. Al contrario, los dos se esforzaron por evitarla. Lucharon contra la violencia represiva, que mata rápidamente para acallar el reclamo de la justicia, y contra la violencia estructural, que mata poco a poco de desempleo, de hambre y de enfermedad. Rutilio denunció la existencia de “gente por ahí muy de gran colmillo, que no le tienen temor a Dios... los que se levantan por la mañana persignándose; en el nombre del café, en el nombre del café y en nombre del café. En el nombre de la caña, en el nombre de la caña y en nombre de la caña, lo he dicho otras veces, pero hay que repetirlo hasta la saciedad”. Estos son los caínes, abortos del plan de Dios, que alegan “yo compré la mitad de El Salvador con mi dinero, luego tengo derecho... Es un derecho comprado... ¡Es una negación de Dios!”. “¡No hay ningún derecho que valga ante las mayorías! Luego el mundo material es para todos sin fronteras”.

Los estilos eran distintos, pero la palabra de Rutilio y de Mons. Romero era aguda y oportuna. Los pobres la recibieron con interés y alegría, porque les dio esperanza. Pero los poderosos los acusaron de ser comunistas y, al final, recurrieron al asesinato para callar sus voces. Los dos fueron asesinados por instigación de la oligarquía. Los escuadrones de la muerte, dirigidos por el ejército, ejecutaron los asesinatos. Sus asesinos no pudieron resistir la verdad de su palabra, ni la fuerza de su credibilidad.

Rutilio y Mons. Romero, inspirados en el Vaticano II, en Medellín y en la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI, trabajaron para construir una Iglesia que fuera verdaderamente pueblo de Dios, según la definición conciliar. El primer paso era reunir al pueblo, porque sin pueblo no hay pueblo de Dios. La población salvadoreña no era pueblo. La opresión la había sometido y el egoísmo la mantenía dividida y dispersa. Esto hizo que ninguno de los dos se desentendiera de las luchas históricas por la justicia y la libertad. La Iglesia debía ser construida desde abajo. Así, pues, los dos trabajaron para reunir al pueblo, lo llamaron a la conversión, a volverse hacia Dios, y le señalaron el camino a recorrer para llegar a ser pueblo de Dios.

En Aguilares, Rutilio y su equipo misionero comenzaron la construcción de una Iglesia conformada por comunidades vivas. El punto de partida de su trabajo en equipo fue la realidad parroquial. En diálogo permanente con ella, se dejaron cuestionar, presionar y llamar a la conversión. El mismo Rutilio sintió la llamada a “convertirme un día y otro día

al pueblo, y demostrarle mi amor eficaz en hechos y no en meras palabras, si de veras quiero ser lo que ostento: ministro – Servidor de todos!”. La planificación parroquial contemplaba tres fases: las misiones para colocar el fundamento de la comunidad, la promoción y la formación de los agentes laicos de pastoral, y la encarnación de los valores evangélicos en la realidad, a través de las mediaciones. Rutilio no se hizo falsas ilusiones sobre la eficacia de su labor. Hacia el final de su vida, sabía que la mayoría de los habitantes de la parroquia continuaba aún inmersa en la ritualidad mágica, ajena a la realidad histórica.

La primera tarea del equipo misionero consistió en evangelizar la religiosidad popular. Los misioneros se propusieron reemplazar la pastoral mágica de los sacramentos por la dinámica de la palabra de Dios y predicar el evangelio como liberación del ser humano y del cosmos. Había que bajar el evangelio a la tierra para crear comunidad, según el plan de Dios, sin opresores, ni oprimidos. Por eso, el anuncio incluyó la profecía. En la misma línea de Jesús, Rutilio denunció al explotador e hizo conciencia en el explotado de su dignidad y de sus derechos. Al primero lo llamó a la conversión y al segundo le dio la palabra, que durante tanto tiempo le habían negado. Entonces, los campesinos descubrieron que tenían algo que decir y también algo importante que hacer. Rutilio los invitó a asumir su responsabilidad cristiana en la transformación de la sociedad. El hombre y la mujer nuevos y libres surgirían a lo largo del proceso de transformación personal y comunitaria.

De esa manera, Rutilio y su equipo fundaron comunidades cristianas dinámicas, proféticas y autónomas, de las cuales salieron los agentes de pastoral. En poco tiempo, estos, en particular, las mujeres, determinaron la dinámica de la actividad parroquial. La parroquia de Aguilares enfatizó la predicación del evangelio y la conversión, no la administración de sacramentos, la actividad predominante en la parroquia tradicional. Rutilio soñó con una parroquia donde el sacerdote se concentrara en el ejercicio del ministerio ordenado y los laicos asumieran las demás tareas parroquiales.

La dimensión profética de la predicación suscitó la cuestión de la política. Rutilio se enfrentó con ella en su parroquia rural de Aguilares y Mons. Romero en su arquidiócesis y, dada su influencia, en todo el país. Rutilio se enfrentó con la relación entre la fe y la política, cuando los campesinos descubrieron la eficacia de la organización para reclamar sus derechos laborales, sociales y políticos, y cuando los mejores líderes de las comunidades, impulsados por su compromiso cristiano, no solo ingresaron en la organización política, sino que se convirtieron en sus dirigentes. La transformación de los agentes de pastoral en líderes políticos lo perturbó sobremanera. Había previsto el compromiso político, pero a mediano plazo, en la tercera fase del plan parroquial. La crisis lo sorprendió desprevenido. El descubrimiento de la paternidad de Dios y la fraternidad universal los llevó a condenar la desigualdad y a reclamar la igualdad, en concreto, condiciones laborales y salarios justos. La dura realidad parroquial hizo surgir la crisis política casi al mismo tiempo que la comunidad cristiana.

Rutilio se esforzó por mantener la diferencia entre la parroquia y la organización campesina, sin excluir la colaboración eventual. Pero la organización pretendía subordinar la pastoral parroquial a sus estrategias políticas. Ante esta pretensión, Rutilio sostuvo, “no podemos casarnos con agrupaciones políticas de ninguna clase”. La diferencia de perspectiva provocó enfrentamientos entre él y los líderes de las comunidades y la organización, las personas más valiosas y apreciadas de la parroquia. Otro motivo de discrepancia fue la prudencia y la moderación que Rutilio pidió varias

veces a una organización entusiasmada con sus primeros éxitos, pues temía un baño de sangre. No le faltaba razón, pues este ocurrió pocas semanas después de su asesinato, cuando el ejército invadió la parroquia. En cualquier caso, pese a las diferencias internas y a los señalamientos del régimen militar, que lo consideraba un agitador, Rutilio siempre defendió a los campesinos, porque “no podemos permanecer indiferentes ante la política del bien común de las grandes mayorías [...] de eso no podemos desentendernos ni hoy ni nunca”. Por eso, desde fuera fue percibido como líder de un movimiento social, que amenazaba con desestabilizar el orden oligárquico de décadas.

Pocos meses después de hacerse cargo de la parroquia, Rutilio comenzó a experimentar un doloroso desgarramiento interno, entre sus planes pastorales y la dura realidad. Según su propia formulación, el meollo de la cuestión era la figura del sacerdote, que “algunos quisieran que se mantuviera alejado del bien común, en una especie de abstracción intemporal; otros quisiera verlo como un agitador. Ni una cosa, ni la otra. El Sacerdote es animador de la comunidad de valores eternos y al mismo tiempo históricos”. La enmarañada ambigüedad del trabajo parroquial y los crecientes ataques hicieron que se cuestionara si debía continuar. En 1976, presentó su renuncia en varias ocasiones, pero no se la aceptaron. Cada nuevo incidente lo colocó ante el dilema irresoluble de su sacerdocio. El párroco debía defender la opción cristiana, es decir, la lucha de la organización campesina por la justicia, aun cuando esa defensa fuera interpretada en clave política. De poco sirvieron sus reiteradas explicaciones a la autoridad militar.

A pesar de las críticas y los señalamientos, Mons. Romero aprobó explícitamente la predicación y la pastoral de Rutilio. Según el arzobispo, su predicación se había caracterizado por “mirar a Dios, y, desde Dios, mirar al prójimo como hermano” y por invitar a “organizar la vida según el corazón de Dios”, lo cual debía “traducirse en compromisos concretos y, sobre todo, en una motivación de amor, de amor fraternal”, porque el cristiano no puede olvidarse de la miseria que lo rodea¹. No puede hacerlo porque la Palabra de Dios debe encarnarse en la realidad para salvarla desde dentro. Es el misterio de la encarnación. Pero al encarnarse en la historia humana, la Palabra de Dios adquiere una dimensión social inevitable. Por tanto, la salvación incluye la liberación política, pero va más allá, porque espera la llegada del reino de Dios, ya presente en la acción transformadora.

La opción que Rutilio y Mons. Romero hicieron por los pobres y su liberación de toda clase de opresión provocó la cólera de la oligarquía. El orden oligárquico esperaba que el pastor contribuyera a mantener al pueblo callado, pasivo y resignado con su suerte, ya que sus sufrimientos serían recompensados grandemente en la otra vida. Por tanto, debía predicar, según Rutilio, “un Cristo mudo y sin boca, para pasearlo por las calles. Un Cristo con un bozal en la boca. Un Cristo fabricado a nuestro antojo y según nuestros mezquinos intereses”. Ni él ni Mons. Romero aceptaron desempeñar ese papel tradicional, porque el evangelio no tolera la opresión. Ninguno de los dos confundió fe y política, pero los dos fueron conscientes de que la predicación del reino de Dios, en una situación tan injusta como la de El Salvador, tenía implicaciones políticas. Ninguno de los dos se asustó de ellas. Al contrario, se mantuvieron fieles al pueblo salvadoreño y a Jesús de Nazaret hasta entregar su vida.

¹ Homilias, 14 de marzo de 1977, I, p. 31.

Si de algo son responsables Rutilio y Mons. Romero es de haber anunciado que, según la voluntad de Dios, la creación está a disposición de todos. Nadie tiene derecho a apoderarse de aquello que es común. Acumular es contrario a la voluntad de Dios y, por tanto, pecado. No solo es pecado personal, sino también social, porque el egoísmo individual tiene consecuencias negativas, mortales, en todos aquellos que son excluidos de los bienes de la creación.

En su comentario sobre el Magnificat, en una de sus grandes homilías, Rutilio dijo que la voluntad de Dios es clara: “a los ricos de corazón, perversos que no quieren atol para todos, sino para ellos nada más, que quieren el gran huacalón para ellos, pero que no quieren compartirlo con los hermanos en esta Eucaristía de la fraternidad [...] a los ricos los dejó ir con las manos vacías, por caínes, por crueles”. Por eso, tanto él como Mons. Romero invitaron al pueblo a tomar la palabra para reclamar su derecho de disfrutar de los bienes de la creación, le extendieron la mano para levantarlo de la postración y le señalaron el camino de la justicia y la libertad verdaderas.

El conformismo predicado por la Iglesia tradicional es incompatible con el llamado a quitar el pecado del mundo y a construir el reino de Dios. El cristiano está invitado a construir una humanidad respetuosa de la creación, solidaria y fraterna, donde lo tuyo y lo mío no existen. Todo es nuestro, nosotros somos de Cristo y Cristo es de Dios. Rutilio lo expresó bellamente en una de sus homilías como “una mesa común con manteles largos para todos, como esta Eucaristía. Cada uno con su taburete. Y que para todos llegue la mesa, el mantel y el conqué”.

Paradójicamente, este anuncio hacía al cristianismo muy peligroso. “¡Es peligroso ser cristiano en nuestro medio! Prácticamente, ¡es ilegal ser cristiano...!”, exclamó Rutilio, en su última homilía, porque “el mundo que nos rodea está fundado radicalmente en un desorden establecido, ante el que la mera proclamación del Evangelio es subversiva”. No obstante, concluye, “en el cristianismo hay que estar dispuesto a dar la vida en servicio por un orden justo, por salvar a los demás, por los valores del evangelio”.

Rutilio y Mons. Romero cultivaron una amistad entrañable, aunque no libre de desencuentros dolorosos. Aparentemente, la amistad surgió cuando los dos pasaban por momentos malos. Mons. Romero llegó al seminario de San Salvador rechazado por el clero de su diócesis. En el seminario se encontró con Rutilio, que también pasaba por un mal momento. Las responsabilidades a veces se volvían muy pesadas y la salud no lo ayudaba. De alguna manera, los dos se encontraron y se hicieron amigos. Rutilio organizó la consagración episcopal de Mons. Romero e hizo de maestro de ceremonias. Un hecho que los dos recordaban con cariño. Sin embargo, Mons. Romero no compartía la opinión de Rutilio respecto a la formación de los seminaristas, ni su visión de la Iglesia. Por eso, no aprobó su candidatura para rector del seminario. El veto los distanció, pero no por mucho tiempo, porque Rutilio lo buscó para restablecer la comunicación. Se encontraron de nuevo cuando Mons. Romero regresó a San Salvador como arzobispo.

Poco después del asesinato de Rutilio, en el pueblo y en la Iglesia salvadoreñas se dijo insistentemente, hasta convertirse en tradición local, que Mons. Romero se había convertido a raíz de la muerte de Rutilio. Se habló de conversión, no tanto en el sentido de abandonar una vida de pecado para volverse hacia Dios, sino para volverse al pueblo oprimido, cuya causa comenzó a defender con una fuerza y claridad extraordinarias. Otras voces, más bien pocas, dijeron que Mons. Romero era un milagro de Rutilio, pero

esta interpretación no tuvo aceptación entonces. El papa Francisco la ha retomado, al afirmar que Mons. Romero es “el gran milagro” de Rutilio.

El “milagro” de Rutilio se observa con claridad después de su martirio. Mons. Romero tomó posesión de la arquidiócesis de San Salvador el 22 de febrero de 1977, apenas tres semanas antes del asesinato de Rutilio, en un ambiente enrarecido por la frustración y la contestación del clero, que interpretó su nombramiento como un intento para regresar a la pastoral tradicional. Algunos incluso reaccionaron con hostilidad. Entonces, Rutilio utilizó su influencia en el clero y pidió una oportunidad para el nuevo arzobispo.

A finales de marzo, el clero había superado sus reservas y se había reunido alrededor de Mons. Romero. La unidad eclesial de la arquidiócesis, impensable apenas hacía tres semanas, se hizo realidad. En las exequias de Rutilio en la catedral y en otras dos misas, una en la catedral, el domingo 20 de marzo, y la otra en Aguilares, el 19 de junio, Mons. Romero agradeció “aquí, en público, ante la faz de la arquidiócesis, la unidad que hoy apiña, en torno al único Evangelio, a todos estos queridos sacerdotes”².

Más aún, alrededor del martirio de Rutilio, la Iglesia de San Salvador y su pastor se comprometieron a continuar con su misión y a guardar su memoria, porque “es esperanza para nuestro pueblo”³. Aguilares, dijo Mons. Romero, “tiene un significado muy singular, desde que cae abatido por las balas el padre Grande con sus dos queridos campesinos”, “es sin duda una señal de la predilección del Señor”⁴. Desde entonces, la arquidiócesis de San Salvador siguió a su pastor, Mons. Romero. Así, lo impensable unas pocas semanas antes, se hizo realidad de manera inesperada y en grado sorprendente.

Entonces se manifestó cómo Rutilio había contribuido a preparar el camino que poco después recorrió Mons. Romero, durante sus tres años de arzobispado. En efecto, Rutilio había formado varias generaciones de sacerdotes, había difundido y defendido el magisterio del Vaticano II, de Medellín y de la *Evangelii nuntiandi* y había puesto en práctica sus enseñanzas. Una semana después de su martirio, Mons. Romero confirmó su ministerio. “Estén seguros, hermanos, que la línea evangélica que la arquidiócesis ha emprendido es auténtica y a todos aquellos que con los queridos sacerdotes colaboran, religiosas y laicos, estén firmes en su puesto mientras estén en comunión con el obispo”⁵. En el primer aniversario, el arzobispo señaló a Rutilio como “el ejemplo que hay que seguir”⁶.

Rutilio vivió la fidelidad a Jesús y al pueblo de Dios con coherencia admirable. “Por eso, cuando Rutilio llega a la plenitud de la humanidad”, dijo Mons. Romero, “lo encontramos de vuelta [en] El Paisnal [...] viene para acá con el cariño del hombre que ha crecido en su corazón pasando por universidades y por libros y estudios. Aquel hombre ha comprendido que la verdadera grandeza, donde lo ha conducido toda su inteligencia, su vocación, todo, no está en haberse ido de aquí para ser más rico en otro pueblo, sino en volver a su pueblo, amando a los suyos, siendo más hombres. Esto es la verdadera grandeza”⁷.

² Homilias, 20 de marzo de 1977, I, p. 40.

³ Homilias, El Paisnal, 5 de marzo de 1978, II, p. 326.

⁴ Homilias, Aguilares, 19 de junio de 1977, I, p. 151.

⁵ Homilias, 20 de marzo de 1977, I, p. 40.

⁶ Homilias, El Paisnal, 5 de marzo de 1978, II, p. 322.

⁷ Homilias, El Paisnal, 5 de marzo de 1978, II, p. 320.

Volvió a su pueblo El Paisnal, continuó Mons. Romero, para convivir “aquí, donde Cristo es carne que sufre [...], donde Cristo con su cruz a cuestas, no meditado en una capilla [...], sino vivido en el pueblo; es Cristo con su cruz camino del Calvario. Este es el Cristo que se encarnó en este religioso, en este jesuita seguidor de Jesús”⁸. Ahí lo encontraron sus asesinos. Le arrebataron la vida en compañía de un anciano, su compañero inseparable, y de un adolescente, símbolos del pueblo salvadoreño. A pesar del peligro que corría su vida, Rutilio se negó a salir de la parroquia, no quiso abandonar a su pueblo. “Debemos hacer lo que Dios quiere”, fueron sus últimas palabras.

Rutilio Grande fue un sacerdote y un jesuita de dimensiones humanas y religiosas insospechadas. En su debilidad encontró su grandeza. La mayor parte de su vida transcurrió en silencio. No fue un estudiante brillante, ni se destacó por su liderazgo entre los jesuitas. En algunos momentos incluso fue víctima del menosprecio de algunos superiores y compañeros. Pero quienes lo trataron, encontraron en él a una persona cercana, servicial y bondadosa. Los seminaristas y el clero descubrieron en él a un formador, a un consejero y a un compañero comprensivo y amable, pero también firme y serio. Los campesinos también hallaron en él a un sacerdote cercano, abnegado y cariñoso. En una palabra, Rutilio vivió su vocación jesuita y sacerdotal como “servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios”⁹. Por eso, Mons. Romero confesó: “Sabemos que en él palpita el espíritu del Señor”¹⁰.

Su muerte martirial, según palabras de Mons. Romero, es reflejo de su vida. “Un sacerdote con sus campesinos, camino a su pueblo, para identificarse con ellos, para vivir con ellos no una inspiración revolucionaria, sino una inspiración de amor”¹¹.

Roma, 12 de marzo de 2019.

⁸ Homilias, El Paisnal, 5 de marzo de 1978, II, p. 323.

⁹ Congregación General 32, Decreto 4,2.

¹⁰ Homilias, El Paisnal, 5 de marzo de 1978, II, p. 326.

¹¹ Homilias, 14 de marzo de 1977, I, p. 35.